



# **LA ESTIRPE DE TORDÓN**

**M<sup>a</sup> Concepción Regueiro**

## **Capítulo II**



## II

Supongo que cualquiera dotado de buena salud observa sus primeros síntomas de enfermedad con la extrañeza propia de las situaciones poco habituales y lejos de toda conjetura sobre dolencias posibles. Eso mismo me pasó a mí. En casi veinticinco años de trabajo no había cogido más allá de dos bajas, y por problemas tan banales como una gripe fuerte o una gastroenteritis. Esa mañana de viernes, sin embargo, detonó con el mareo que casi me hace caer en el pasillo. Por unas décimas de segundo me sentí en el vórtice de un gigantesco torbellino succionándome hacia la nada. Volví en mí, si esa es la expresión, acuclillada bajo la ventana, temblando como una hoja pero sin otros síntomas. Mi sentido del deber prefirió conformarse con la explicación improvisada de un bajón de azúcar así que, tras un potente desayuno, me vestí y me fui al trabajo como todos los días. Mi trayectoria previa me hacía desconfiar de mayores complicaciones y, por otro lado, estaba a punto de coger unos días de vacaciones pendientes, con lo que cualquier problema quedaría solucionado tras el consiguiente descanso reparador. Como se puede suponer, no tengo nada de hipocondríaca, y no contemplé la posibilidad de acercarme a mi médico de cabecera a consultarle un fenómeno tan chocante, pese a que el ambulatorio está de camino a los grandes almacenes.

Acordándome de los primeros problemas vuelve a mi cabeza una frase de Juan, mi antiguo novio: “ni tú misma sabes lo que tienes en la cabeza”. En los primeros tiempos la consideraba una forma cariñosa de apelar a mi carácter a veces un poco



despistado pero, hacia el final de la relación, terminó siendo el hiriente soniquete de remate de las discusiones. Sin embargo, esas diez palabras volvieron a mí con toda su verdadera fuerza a las ya inolvidables once y cuarenta y cinco de esa mañana de viernes. Una mañana, por lo demás, que se estaba desarrollando como cualquiera de mediados de la temporada de primavera, con poca gente comprando y aún ojeando la mercancía y las empleadas aburridas charlando en corrillos que disolvían cuando yo me acercaba. Aquella ama de casa estaba protestando a Clara, una de las dependientas más jóvenes, sobre un insólito problema con la bastilla de un traje comprado meses antes. En realidad, la típica insoportable arrepentida de su compra inventándose excusas para conseguir la devolución del importe. Me acerqué hasta allí, pues, con la intención de pararle los pies desde la autoridad de mi puesto.

—Buenos días —saludé mientras con un gesto mandaba apartar a la empleada—, ¿hay algún problema?

—Vaya si lo hay, resulta que este traje... —contestó aquella mujer y es lo último que recuerdo. Lo siguiente es verme tirada en el suelo frente a los probadores y sintiendo un sabor muy raro en la boca que luego resultó ser de la sangre que manaba de mi nariz, con las demás dependientas rodeándome horrorizadas. A duras penas conseguí distinguir a la clienta colgada en la percha de la mampara, desnuda de cintura para arriba, atada con la estridente pañoleta que llevaba antes en su cuello y chorreando sangre de las heridas con forma de volutas y perfiles geométricos que le había hecho por todo el tronco, pero lo peor eran sus ojos de inmenso pánico, un sentimiento tan desolador que pese a mi estado de total desconcierto me conmovió hasta lo más hondo.

—¿Qué ha pasado? —pregunté con dificultad intentando incorporarme.

—Agárrenla, no dejen que se levante —gritó fuera de sí la clienta mientras Paco, uno de los guardias de seguridad la liberaba. Las manos como palas que me



inmovilizaron las adiviné como propiedad de Lázaro, el otro guardia de seguridad de mi planta en el turno de mañana. Cada vez entendía menos, y mi confusión continuaba cuando me condujeron al despacho de dirección seguida de casi todas las dependientas mientras la clienta era llevada a la enfermería del centro para las primeras curas.

—¿Qué ha pasado? – me preguntó directamente el director pero yo sólo pude encoger mis hombros. En esos momentos tiritaba de una manera tal que era incapaz de articular palabra.

—Ha sido todo tan raro... –saltó Clara entre unos sollozos que no conseguía parar-. Esa señora protestaba por un traje y la jefa se acercó a solucionar el problema. Entonces se pusieron a hablar y la jefa a llevarla hacia los probadores, pero a mí eso no me preocupó, porque es lo que hace en esos casos, y me fui a atender a otras personas pero... –el llanto se impuso y durante unos instantes que a mí me parecieron eternos Clara estuvo vertiendo lágrimas suficientes para regar todos los tiestos del centro. Sólo paró cuando el director le tendió un pañuelo de papel y le masculló un “tranquila” más cercano a una orden tajante que a la simple palabra de aliento-. Pero escuché unos gritos en el probador y me encontré con esa mujer atada y colgada del gancho y con la jefa haciéndole esas heridas tan raras con las agujas y las tijeras del costurero y diciendo cosas incomprensibles.... –parecía que el llanto iba a marcar una nueva interrupción pero consiguió sobreponerse-. Intenté separarla, pero tenía mucha fuerza y no pude moverla ni un centímetro, entonces yo también me puse a gritar pidiendo auxilio hasta que la mujer consiguió lanzarle una patada a la cara y la tumbó, justo cuando llegaban otras compañeras y los de seguridad.

Las lágrimas por fin superaron la última traba de acatamiento de las jerarquías y durante un buen rato sólo se oyeron en aquel despacho los sollozos nerviosos de mi



subordinada. El director me observaba como si fuese un ser desconocido en el cuerpo de su jefa de planta y su gesto mudo me reclamó con firmeza una explicación.

—Llaman a un médico, por favor. Me encuentro mal —sólo alcancé a decir.

Parece ser que Lázaro consiguió sujetarme antes de que cayese de la silla.

**Autora: M<sup>a</sup> Concepción Regueiro Digón; Tui, Pontevedra, España.**

***La estirpe de Tordón*, Capítulo II. Novela publicada originalmente en el volumen de mismo título de la colección Libro Andrómeda – Ciencia Ficción, núm. 11.**

-----  
La autora ha cedido a Libro Andrómeda el derecho de publicación de esta obra en nuestra web, con la siguiente condición, de acuerdo con las opciones de protección de los derechos de propiedad intelectual existentes para la difusión en Internet:

-----  
**Reconocimiento – Sin obra derivada – No comercial:** El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial. No se pueden realizar obras derivadas.